

ALTHAUS, CLEMENTE (1835 – 1881)

## EL DOS DE MAYO

### I

Ardiente Numen mío,  
de quien es alma patriotismo santo;  
tú que fuiste el primero  
en levantar el indignado canto  
contra el ultraje del inicuo Ibero,  
y la voz despertando de otros vates,  
con tu clamor guerrero  
encendiste la patria a los combates:  
hoy que triunfante sonreír la miras,  
al universo cuenta  
la vengadora lid y alta victoria  
con que días de afrenta  
convierte en siglos de radiante gloria.

### II

Sonó en nuestras riberas  
voz espantada de la rauda Fama,  
que narraba el escándalo inaudito  
con que las españolas naves fieras  
prendieron cruda llama  
en puerto inerme de la heroica Chile:  
se alza doquiera de venganza un grito;  
no hay corazón peruano que no anhele  
ver llegar a los torpes incendiarios  
para que paguen tan atroz delito:  
irrita la tardanza  
el impaciente anhelo de venganza:  
nadie hay que de su puesto se desvíe  
ni del fiero peligro el paso tuerza:  
se burla el patriotismo de la fuerza  
y el denuedo del número se ríe.

Arriba al cabo la feroz armada  
que ya, cual suele, nos venció en idea,  
y en su insensata vanidad ni aún piensa  
que diestra se alce a contrastarle osada  
y a oponerle brevísima defensa.

Cual la justicia humana  
deja de vida fugitivo plazo  
al que la ley a perecer sentencia,  
así el caudillo de la flota hispana,  
ya suspendiendo el fulminante brazo,  
tres días nos concede en su clemencia  
para esperar la inevitable ruina  
que su justa venganza nos destina.

Mas no a vil muerte, sino a noble lucha  
el peruano valiente se apercibe,  
y la amenaza escucha  
con desdeñosa mofadora risa:  
los marciales aprestos acelera,  
y con ardiente prisa,  
del resonante mar en la ribera  
bélicos aparatos improvisa  
que, de virtud maravillosa llena,  
brotar parece la fecunda arena,  
como si la golpeara  
de diestro mago la potente vara.

¡Oh entusiasmo! ¡oh ardor que no consiente  
ser descrito jamás de humana lira!  
Parece que en el aire se respira,  
o que invisible eléctrica corriente  
le lleva y comunica por doquiera;  
y cae sublime universal contagio  
que hasta del más cobarde se apodera  
es ya de la victoria venidera  
clara prenda, certísimo presagio.

Lima al vecino amenazado puerto  
su enardecida población traslada,  
y de incesante turba apresurada  
se ve el camino blanquear cubierto:  
del mar azul junto al movable llano,  
la muchedumbre que su playa inunda  
y, al fuerte impulso del trabajo activo,  
baraja sus enjambres bullidores,  
es otra mar segunda,  
es un piélagos vivo  
de pintorescas ondas de colores.  
En rivales esfuerzos combinados,  
cada brazo se emplea

en tan santa patriótica tarea,  
que iguala razas, nivelando estados:  
que el corazón peruano es el que late  
en el pecho del pobre  
a quien tiñe la faz ébano o cobre,  
y en el del blanco y rico y del magnate;  
y hoy contra el desdeñoso  
orgullo insano y proceder perverso  
y la codicia pérfida española,  
es el Perú vastísimo coloso  
de rostros ciento de color diverso,  
de blancas, negras y amarillas manos,  
pero de un corazón y una alma sola.

### III

Musa de las batallas, ven y dame  
con diestros labios alentar tu trompa,  
que con hórrido son los aires rompa  
que a lo lejos en torno se derrame:  
haz que truenen mis versos, y veloces  
vuelen del labio que tú inspiras, como  
igneas saetas o encendido plomo,  
tronantes rimas o inflamadas voces:  
retumbe y vibre en ellos, como pudo  
en los aires entonces,  
el trueno horrisonante y rayo agudo  
de mortíferos bronces:  
torne a ser el estrago horrendo y crudo  
y el herir y el matar en mis guerreras  
estrofas, de la lid renovadoras;  
y el glorioso combate de quien horas  
fueron la edad veloz y fugitiva,

como en lienzo que fiel lo represente,  
para siglos sin fin haz que reviva  
y que dure en mi canto eternamente.

Mas ya siento en mi pecho que rebosa  
y en mi agitada sien apenas cabe  
tu inspiración, oh Diosa;  
y en ágil vuelo pronto,  
cual si en la espalda me nacieran de ave  
encumbradoras alas, me remonto;  
irresistible impulso me levanta

sobre la tierra y anchuroso ponto;  
y en el sereno cristalino campo  
del éter vasto, con segura planta  
los firmes pasos orgulloso estampo:  
hierven en mí los versos impacientes;  
a mi trémula boca  
altas voces afluyen a torrentes,  
que en rápida cadena  
un arte superior liga y coloca;  
y mi ágil pluma con presteza rara  
los albos pliegos ennegrece y llena,  
como si escrito canto trasladara.

#### IV

De la ardua lid al corazón sediento  
luce el alba por fin del Dos de Mayo;  
y cuando en la mitad del firmamento  
desde el sol su más ardiente rayo,  
en los aires serenos,  
que creó Dios a la tormenta ajenos  
y que hoy osa turbar furor humano,  
principian cruda guerra  
la ibera tempestad del océano  
y la peruana tempestad de tierra:  
retumba ronco trueno de continuo  
del huracán marino,  
y sin cesar responde ronco trueno  
del huracán terreno;  
del humo negro dilatadas nubes  
cambian el claro día en noche densa  
por relámpagos mil do quiera rota;  
espesa lluvia de granizo ardiente  
ondas y tierra sin cesar azota:  
y todo, todo, en confusión inmensa,  
en nuestras playas apacibles miente  
el estrago y el ímpetu y la saña  
con que desraiga selva corpulenta  
y en truenos y relámpagos revienta  
furiosa tempestad de la montaña.

Como león ayuno se abalanza  
a la segura presa,  
tal desdeñoso se abalanza el Godo,  
mas que de lid, hambriento de matanza:

pronta victoria aguarda  
sobre la vil afeminada gente,  
de España hija bastarda,  
del brazo no, mas de la voz valiente;  
pero su triunfo tarda,  
y de tan largo resistir se admira,  
y su desdén primero  
trueca el soberbio en impaciente ira.

Como resiste secular encina,  
afianzada en hondísimas raíces,  
al ímpetu del cierzo,  
y ni aún la frente inclina,  
así resiste el peruviano esfuerzo;  
y, al ver el español que no se abate  
más y más dobla su iracundo embate;  
y con frecuencia igual, de cada parte,  
serpëando entre nubes de humareda,  
raudos vuelan los rayos con que el arte  
los del tonante Jehová remeda.

No ha pasajero instante  
en que del trueno el hórrido estampido  
no ensordezca el oído,  
y en que del rayo la siniestra lumbre,  
los atónitos ojos no deslumbre;  
y cual propio elemento de la Muerte,  
en ruido y luz el aire se convierte.  
Parece con las armas del Averno  
lidiarse la batalla;  
y balas silbadoras,  
bombas atronadoras,  
esparcida metralla,  
y formas ciento y diferencias miles  
de letales ardientes proyectiles,  
que cruzan encontrados sin sosiego  
los espacios celestes,  
cubren entrambas huestes  
con resonante bóveda de fuego.

Tiembla en torno el terreno,  
como si el Terremoto en lo profundo  
de su cóncavo seno  
sus titánicos miembros prisioneros  
bramando sacudiera, y furibundo  
de su cárcel la bóveda golpeará

con vigorosa resonante frente,  
y por romperla indómito pugnara,  
de sus duras prisiones impaciente.

Igual a cada parte, entre sangrientos  
horrores, se mantiene la lid cruda  
de quien teatro son dos elementos;  
y cada combatiente semejando  
al elemento mismo que lo encierra,  
si como el mar el Español asalta,  
el Peruano resiste cual la tierra,  
o como excelsa roca a cuya planta  
el mar sus ondas túmidas quebranta.

Y en vano tú, vastísima Numancia,  
al Leviatán inmenso semejante,  
del océano emperador tremendo,  
frente a la playa inmóvil te colocas,  
llama con humo y horroroso estruendo  
vomitando a la vez por tus cien bocas:  
con nada tiemblan los heroicos pechos  
que por la patria y el honor pelean;  
y aun cuando en nube más espesa vean  
fuego en torno llover horrendamente,  
al Perú independiente  
con clamorosos gritos victorean;  
mezclándose al estruendo de los mares  
y disorde compás de los cañones  
las músicas sonoras militares,  
¡y el himno patrio que en ardor heroico  
inflama los peruanos corazones!

Mas de tus tiros al acierto daña  
hispano lidiador, y a tu destreza  
el ciego empeño e impaciente saña  
que tus confusos tiros precipita:  
y en torpe desperdicio,  
muchedumbre infinita  
de bombas que prodigan tus descargas,  
distante aún del término pedido,  
cae para apagarse en las amargas  
ondas, tras vano amenazante ruido.

Mas tu insano furor, Numancia cruda,  
al fin la Suerte en nuestro daño ayuda,  
que bien tu acierto escaso

la ayuda pide del propicio Acaso.  
de tus bocas lanzada bomba ciega,  
de la Suerte guiada por la mano,  
hasta la Torre llega  
que el nervio encierra del valor peruano:  
¡allí hacinado por funesto olvido,  
el negro polvo que a las graves balas  
viste del fuego las ligeras alas,  
por la bomba fatal es encendido!  
¡Y en el desastre horrendo y repentino  
vuelan los generosos combatientes  
entre la espesa nube  
y humoso remolino  
que hasta los cielos resonando sube!

V

Fuiste, entre cuantos héroes allí abisma,  
tú la presa más noble de la Parca,  
GÁLVEZ inmaculado y cual la misma  
Santa Justicia incontrastable y recto,  
prez y honor de la antigua Cajamarca,  
y el hijo de la Patria predilecto;  
de la Patria que, hoy huérfana de tantos  
hijos queridos que le cuesta España,  
por ti se entrega a más aguda pena  
y tu sepulcro baña  
de acerbo llanto en más copiosa vena:  
¡ah! si mi voz en la terrena vida,  
oh Gálvez inmortal, te fue querida,  
acepta grato este recuerdo breve  
que hoy mi laúd te da junto a tu huesa,  
hasta que el himno de alabanza eleve  
que de mi amante Numen la promesa  
a la esperanza de la patria debe.

¡Y a ti, Cornelio Borda,  
a ti mi canto nombrará segundo,  
que en el suelo nacido de la hermosa  
nueva y mejor Granada,  
hiciste con tu muerte a todo un mundo  
tu patria dilatada!  
Cual concebido en su fecundo seno  
y o sus pechos criado,  
de su dolor el maternal tributo

no cesará mi patria de ofrecerte:  
la faz cubierta por oscuro velo  
de lamentable luto,  
lloran las Ciencias tu temprana muerte  
y de tu claro ingenio y tu desvelo,  
en flor cortado, el abundoso fruto.

También tu losa en lágrimas inundo,  
¡oh tú, Domingo Nieto, que dos días  
en doloroso lecho  
yaciste moribundo,  
y en cuerpo vigoroso y fuerte pecho  
más vigoroso espíritu escondías!  
No tan solo un hermano en ti lamenta  
quien contigo nació del propio seno;  
que a nadie, a nadie apellidaste amigo  
a quien estrechos lazos fraternales  
no ligaran contigo,  
¡oh dechado y espejo de leales!

Ni a ti tampoco olvidará mi verso  
ni de justa alabanza será parco  
que escuche el universo,  
¡Oh noble corazón, Antonio Alarco!  
No a la lid peligrosa  
a ti el deber, sino el valor te llama;  
y de él guiada, a la funesta Torre  
tu ansiosa planta corre,  
allí acechando con tenaz cuidado  
el instante propicio  
para ocupar del último soldado  
el más huido peligroso oficio;  
al fin le ocupas con afán inquieto  
desafiando a la Muerte;  
y la Muerte aceptó tu osado reto,  
de ti no perdonando los despojos,  
ni sangrientos pedazos, ni señales  
que contemplaran los fraternos ojos,  
que besaran los labios maternos.

Y el grato conocido  
rumor de sus pisadas  
en vano aguardará tu atento oído  
en tus desiertos silenciosos lares,  
¡oh adorada hermosísima doncella,  
que al pie de los altares

unir pensaste a su robusta mano  
tu blanca mano delicada y bella!  
¡Las antorchas nupciales  
que ayer regocijaban tu deseo  
se trocaron en teas funerales,  
y en endechas los cantos de himeneo!

Y mi Musa también de ti se acuerda,  
y te consagra mi laúd rendido  
un fúnebre gemido  
de su doliente cuerda,  
¡Enrique Montes, que en aspecto blando  
y dulce rostro hermoso  
impreso demostrando  
de la bondad y la nobleza el sello,  
cual a esposa gentil gentil esposo,  
alma bella juntaste a cuerpo bello!  
En vano, en vano a la enlutada viuda  
preguntan por su padre idolatrado  
los hijos pequeñuelos:  
ella, llorosa y muda,  
abraza en ellos a tu fiel traslado,  
clavando húmedos ojos en los cielos.

Ni ausente se hallará, noble Zavala,  
tu nombre antiguo entre los claros nombres  
que en este canto premiador inscribo;  
era tu anhelo más constante y vivo  
por la patria morir, por esa madre  
a quien un hijo indigno,  
tu hermano en sangre pero no en virtudes,  
guerra feroz enviaba  
y hacer quería de su reina esclava:  
y a Dios que tu anhelar cumplió benigno  
repetías en tu hora postrimera:  
«Gracias, gracias te doy, Señor clemente,  
pues cuando ingrato a la que el ser le diera  
hiere un Zavala, tu bondad consiente  
que otro Zavala por la patria muera».

Mas a vosotros, Cárcamos ilustres,  
os crearon los cielos  
como en la sangre en la virtud hermanos,  
y de idénticas prendas adornaron  
vuestros nobles espíritus gemelos:  
de ingenio igual, del mismo

ardiente acrisolado patriotismo,  
que os hizo, con igual merecimiento,  
juntos rendir el postrimer aliento.  
De vuestro fin la roedora pena  
pronto a otro hermano le abrirá la tumba,  
y con él perderá su último alivio  
anciana madre que feroz condena  
a tan largo vivir la suerte esquiva  
para que, sola y de consuelo ajena,  
¡Ay! a todos sus hijos sobreviva.

## VI

Mas con rabiosa lengua  
venganza grita el peruviano bando,  
al contemplar caer tan escogidas  
víctimas, y los brios redoblando,  
hace pagar con espantable exceso  
al torpe Ibero tan preciosas vidas.

¿Quién, quién ahora encarecer podría  
de los peruanos jefes las hazañas  
y el heroico valor y la osadía?  
Impávidos, serenos,  
Mueven do quiera la segura planta,  
y ni el creciente riesgo los espanta  
ni hace que venga su valor a menos;  
es en vano que inmensa muchedumbre  
de balas y de bombas y granadas  
en torno siempre ensordeciendo llueva:  
Con la voz y el ejemplo  
animar a los otros los contemplo,  
y hacer que todos con pujanza nueva,  
cual si la lid de nuevo comenzara,  
arrojen a porfía los letales  
rayos artificiales  
a la escuadra feroz de España avara.

Con firme pulso y con tenaz mirada,  
su afán heroico ni un veloz instante  
remite el valentísimo artillero;  
y cual de la Justicia disparada  
por la certera mano,  
cada entraña de acero  
que vomita el cañón republicano

hambrienta despedaza  
de los regios navíos la madera  
o la férrea armadura y la coraza;  
y la gran mole atravesando entera,  
tal vez por el opuesto roto lado  
sale, de muertes y de estragos harta,  
a apagarse en el piélagó salado.

En el espacio breve  
que les permiten sus flotantes casas,  
amontonados mueren y confusos  
los tristes siervos de una reina aleve:  
rabiosamente cae y agoniza  
sobre el tibio cadáver de su hermano  
el doliente marino, que no espera  
que descansa a lo menos su ceniza  
de su remota patria en la ribera,  
y que tendrá por tumba el océano.

Y en vez de presenciar de los lejanos  
hijos, padres y esposos  
los triunfales regresos,  
madres, hijas y esposas españolas  
ver no podrán a sus amantes manos  
llegar siquiera los helados huesos  
de los que sepultaron nuestras olas.  
¡oh peruanas, templad vuestros enojos,  
que el llanto que hoy derraman vuestros ojos  
será pronto venerado  
con llanto más acerbo y doloroso  
por ojos españoles derramado!

Ni al soberbio caudillo  
guarda de heridas el ferrado muro  
del nadante castillo  
donde pensaba combatir seguro:  
aquí una nave, a zozobrar vecina,  
por bocas mil el océano bebe:  
otra, la cárcel rota  
del espíritu ardiente que la mueve,  
como cadáver flota:  
ya por doquiera a desmayar empieza  
el valor en el pecho  
y en el brazo la usada fortaleza;  
ya el español, en trance tan estrecho  
vencer desesperando,

da al temor en el ánimo cabida,  
triunfando del rubor y del despecho  
el amor renaciente de la vida.

## VII

No para huir aguarda  
que al claro día su enemiga venza,  
para que el velo de la Noche parda  
esconda de su fuga la vergüenza:  
¡Y a los rayos del Sol que de occidente  
una hora y otra dista,  
del universo atónito a la vista,  
allí en cien naves a la lid presente,  
a rauda fuga lanza  
la temerosa prora  
esa escuadra feroz que en esperanza  
era ya del Pacífico señora.  
En vano la convida y la provoca  
el peruano cañón con Ignea boca  
a combate segundo,  
a nueva lid reñida:  
desoye el reto y espantada olvida  
que la contempla el mundo,  
el mundo todo a quien hacer testigo  
ofreció su jactancia  
de nuestra rota y ejemplar castigo:  
la Unión la mira e Inglaterra y Francia  
su fuga acelerar, de pavor llena;  
y aun la inmensa Numancia  
mal su glorioso nombre respetando,  
cual herida ballena,  
busca su salvación en la distancia.  
Huir, huir la mira  
el peruano guerrero y arde en ira,  
de más lucha ganoso,  
de más gloria sediento y codicioso:  
acusa de sus naves la demora  
y maldice al destino  
que le rehúsa ahora  
veloces alas de huracán marino  
y en la playa lo prende y encarcela,  
y de volar le priva  
por el abierto acuático camino  
en seguimiento, con vapor o vela,

de la veloz armada, fugitiva  
¡Ah! si a los breves débiles navíos,  
cuya atrevida gente  
con diestra, tan feliz y osados bríos  
hoy secundó al terreno combatiente,  
juntaran su valor el Huáscar fiero  
y compañera nao  
a quien dio nombre nuestro bien primero  
(en futuros combates vencedores)  
¡y esas que vio la nebulosa Abtao  
a fuerzas resistir tan superiores;  
en pos, España, de tu huyente flota  
volarán ya nuestros guerreros prestos,  
y consumada tu espantable rota,  
el mar sembrarán sus aciagos restos!  
¡No más, no más blasones  
de ser, oh Iberia, fuerte y valerosa  
entre todas las gentes y naciones;  
ni más se jacte tu demente lengua  
de ser tu pueblo el que imposibles osa!  
¡Borrón tan negro, tan patente mengua  
de hoy más, oh Iberia, abata  
tu soberbia insensata,  
y tu enhiesta cerviz humille y doble;  
pues con tan grande y hórrido aparato  
de orgullosos bajeles  
y con pujante fuerza más que doble,  
nos cediste del triunfo los laureles,  
cuando tu brazo combatir podía  
y vida te quedaba todavía!  
No, no es esa la senda,  
no es ese el porte que el honor señala;  
tras tan fiera amenaza y tan tremenda  
y pomposo arrogante desafío,  
lazar debiste tu postrera bala,  
perder debiste tu postrer navío!

## VIII

Tú al cielo, oh patria, en tanto  
alza la frente, de rubor desnuda,  
y en noble orgullo tu vergüenza muda,  
y en risa ufana tu rabioso llanto.  
Tan claro triunfo al universo muestra  
que, si castigas tarde

el ultraje alevoso de Castilla,  
tan sólo fue por que la alzada diestra  
te desarmó el cobarde  
que mancillaba la suprema silla.  
Bien patentizas lo que libre valles  
de cadenas violentas;  
y esplendorosa página hoy aumentas  
de tu moderna Historia, a los anales,  
que a la posteridad menos no asombre  
que la que lleva de Ayacucho el nombre.  
¡América divina,  
en tus vastas llanuras solitarias  
enciende tus volcanes,  
como grandes aéreas luminarias  
que no apagan los recios huracanes!  
Y a los ecos profundos  
de tus inmensos caudalosos ríos,  
que se llevan al mar cual otros mares  
de lechos áureos y de dulces ondas,  
mezclen do quier tus bosques seculares  
y vastas selvas tenebrosas y hondas  
su música salvaje y voz agreste,  
entonando magníficos cantares  
que asciendan a la bóveda celeste!  
Y tú, gigante emperador de ríos,  
portentoso Amazonas,  
que ufano naces de peruana fuente,  
y de bosques umbríos  
y de selvas antiguas te coronas;  
apresura tu férvida corriente  
por el vecino dilatado imperio,  
tu festiva llegada anticipando  
al poderoso océano de Atlante;  
a quien la nueva venturosa anuncies  
de nuestro triunfo y del desastre iberio,  
y él alegre la cante  
y la lleve al antípoda hemisferio.

## IX

Y tú, a quien tan espléndida victoria  
en grande parte adjudicar es dado;  
recibe de la Musa, ilustre PRADO,  
el sincero tributo y merecido  
que el loor te anticipa de la Historia;

y de libre poeta  
concede, atento oído  
al libre canto que de un pueblo entero  
la gratitud y afecto te interpreta.  
Gózate en tanta hazaña  
y sé grande y glorioso entre los hombres,  
debelador de España,  
que del magno Bolívar  
y San Martín y Sucre entre los nombres,  
con áureos caracteres ves escrito  
de la gloria en el fúlgido volumen,  
tu nombre por América bendito  
y celebrado por mi altivo numen.  
Y pues ves que te sobra  
el favor de los cielos y tu estrella,  
la sucesión de tus hazañas sella  
y pon cima a tu obra:  
con el principio venturoso en ella  
el venturoso medio corresponda,  
y el fin con uno y otro se compase:  
de América cumpliendo la esperanza,  
la interna paz con mano firme en honda  
inconmovible base  
para siglos cimienta y afianza:  
a ti por fin se deba que el peruano  
valeroso guerrero  
no desnude la espada  
para hundirla en el pecho del hermano  
en impía contienda,  
y para herir la guarde al extranjero  
que sus hogares codicioso invada  
o que insolente su decoro ofenda.  
La sangrienta Discordia furibunda,  
domada por tu diestra victoriosa,  
en los abismos hunda  
el durísimo cuello,  
y lívida cabeza ponzoñosa,  
de quien son vivas hebras  
y enmarañado y hórrido cabello  
áspides silbadores y culebras.  
Por ti el hijo segundo  
del quinto hijo del Año

sea padre fecundo,  
aurora lisonjera,  
tras larga noche oscura,

de una divina era  
de progreso, de paz y de ventura.

X

Entra a ceñir tus lauros, y contigo  
los bravos campeones  
que fueron el terror del enemigo:  
ya os espera la ansiosa muchedumbre,  
collados coronando hasta la cima  
e hinchendo inquieta los vecinos valles;  
de la opulenta Lima  
ledos hollad las alfombradas calles:  
cada privado hogar con puerta ornada  
por vistosa flotante colgadura,  
cual rostro amigo, sonreír procura  
a vuestra fausta victoriosa entrada:  
al son del atambor y los marciales  
pomposos instrumentos  
y al excelso clamor de las campanas,  
que cuentan vuestra gloria al firmamento,  
por los arcos magníficos triunfales  
pasad con frentes del laurel ufanas:  
ved de hechiceras vírgenes hermosas  
coronados balcones y ventanas,  
que con manos de nieve  
blancas derraman y purpúreas rosas  
y rica copia que sin tasa llueve  
sobre vuestra cabeza, oh vencedores,  
de cuantas bellas y fragantes flores  
engendran en su seno  
los esmerados huertos y pensiles  
de la hermosa ciudad y campo ameno  
en donde cuenta el Año doce Abriles.  
¡Blanco e imán de innúmeras miradas  
sois; a entusiastas gritos  
hacéis abrirse innumerables labios,  
y en sublime patriótico alborozo  
palpitar corazones infinitos!  
Os sonríe la virgen seductora  
que siempre del valiente se enamora;  
siente, al miraros, noble envidia el mozo,  
os bendice entre lágrimas el viejo;  
y hace el curioso infante  
que la madre en sus brazos lo levante

para mirar el triunfador cortejo.  
Y entre el sonoro universal concierto  
de alabanzas unánimes que escucho,  
también las tuyas añadir advierto  
a los ancianos héroes de Ayacucho.  
Sobre los lauros nuevos  
los antiguos ceñid, claros mancebos,  
que a vuestras frentes tiernas y lozanas  
trasladan ellos de sus nobles canas:  
¡recibiendo en la férvida alabanza  
que al héroe por el héroe se dispensa  
la más alta y honrosa recompensa  
que pudo ambicionar vuestra esperanza!

## XI

Las densas olas blandamente abriendo  
del vivo mar que vuestro pie embaraza,  
hollad la bella y anchurosa plaza  
donde se eleva el soberano templo:  
allí os espera venerable anciano,  
cuya rugosa frente  
es ya la más antigua, en el cristiano  
orbe, que mitra episcopal circunda,  
y que la humilde gratitud profunda  
que por merced tan clara  
al Dios de las batallas debe el fuerte  
se apercibe a ofrecer al pie del ara.  
Subid, subid con religiosa planta  
a la morada santa  
del solo a quien humilla  
su corazón el libre y su rodilla:  
allí, puestos de hinojos, e inclinando  
a las sacras baldosas  
las coronadas sienes victoriosas,  
gracias rendid con labio reverente  
al dios de los ejércitos potente.  
Él fue quien, de tan alto vencimiento  
os concedió la suplicada palma:  
él entusiasmo y generoso aliento  
y heroico brío os infundió en el alma:  
vuestro más débil brazo hizo robusto  
él, y aceró sus decaídos nervios,  
trocando doncel tímido en atleta;  
y del contrario injusto

él quebrantó los ímpetus soberbios,  
y le cubrió de confusión secreta.  
Fue su divina protectora diestra  
la que trazaba la invisible curva  
que siguieran los globos inflamados  
que lanzaba la vuestra,  
y fue esa diestra, que al más fuerte turba,  
la que ahuyentó las españolas naves,  
cual desbandada turba  
de temerosas aves;  
y esa diestra será la que, si intenta,  
corrido de su afrenta,  
hacer de su fortuna nuevo ensayo  
el soberbio español en mar o en tierra,  
circunde nuevo lauro a vuestra frente,  
más fulguroso que el del Dos de Mayo:  
¡Gloria a Aquel, gloria a Aquel eternamente  
que es el Dios de la paz y de la guerra!

## XII

Tú que ya el eco de mi voz conoces,  
ven, oh Fama, y aprendo el canto mío;  
y sin cesar batiendo senadora  
tus innúmeras alas y veloces,  
del ardiente ecuador al polo frío,  
del negro ocaso a la brillante aurora,  
cántalo por doquier con tus cien voces;  
llevando a los oídos  
de las más solas gentes y apartadas  
y más remotos pueblos y escondidos  
las glorias de mi patria vencedora,  
y la excelsa merced del poderoso  
Dios de Israel cuya clemencia adora,  
y cuyo nombre santo  
coronará con esplendor radioso  
este triunfal enardecido canto.